

Maestros: del gambito de dama al jaque mate

Luis Hernández*

Para el movimiento el futuro es inmejorable, pero encanijadamente complejo. De entrada tiene que responder a sus aliados, los padres de familia, ofertando una mejor educación. Debe además consolidar los espacios ganados resolviendo adecuadamente sus diferencias. Pero además debe aprender a ser poder y no sólo oposición, a ofrecer una política alternativa en lugar de una contestataria. La actitud ante la nueva dirigencia del sindicato no es un problema menor. El canto de sirenas sonará y será fácil caer en el maniqueísmo de apoyar o rechazar por principio. Sin embargo, la recomposición sindical es un hecho seguro y la posibilidad de avanzar también. Un gran triunfo en tiempos de derrotas.

La llegada del lobo

Como en el viejo cuento infantil la llegada del lobo se hizo realidad: más de medio millón de maestros en casi todo el país pararon al llamado de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y cerca de la mitad se siguieron de frente en el DF, Oaxaca, Chiapas, Zacatecas, Nuevo León, Guanajuato, Puebla y Michoacán.

El Secretario de Educación Pública, antiguo Secretario de Gobernación, pensó que así como en el pasado había maquillado las cifras electorales del 6 de julio podría ahora disfrazar las estadísticas del paro. Utilizando los servicios de Televisa difundió toda clase de advertencias y amenazas contra los maestros paristas, al tiempo que relativizaba la magnitud de la lucha.

En sentido estricto nadie había atendido a la amenaza del paro. Carlos Jonguitud, hasta este momento todavía hombre fuerte del sindicato, había vendido en los círculos del Poder, que todo estaba bajo control y que la acción se circunscribiría a las clásicas zonas de influencia de los disidentes. Ofertaba así su permanencia al frente del sindicato como única fuente de estabilidad laboral. De acuerdo a su vieja lógica, el paro de la CNTE lo fortalecía pues lo hacía aparecer como imprescindible y obligaba al Gobierno Federal a hacerse cargo del movimiento.

El incremento salarial del 10%, publicitado a bombo y platillo por los funcionarios públicos como una gran conquista magisterial, cayó como gasolina en el fuego. Si entre los sectores intermedios había dudas sobre la conveniencia del paro, el incremento los convenció de la necesidad de pasar a la acción. El 17 de abril las escuelas de la ciudad de México se vistieron de rojinegro. Pero además, en su nueva vestimenta, los acompañaba más de la mitad del sindicato. Los hilos del control se habían roto.

La euforia

Para decenas de miles de maestros este paro era su primer paro. Conforme el tiempo pasó y las amenazas de las actas de abandono de empleo y de cese se esfumaron, comenzaron a sentirse fuertes. No sólo era que los periódicos les dedicaban la primera plana día tras día y hasta Zabudowsky se ocupaba de ellos sino que comenzaban a saberse unidos. De entrada, como nunca antes había sucedido en esta ciudad de México, los padres de familia se volcaron a darles solidaridad. En barrios y edificios aparecieron miles de rústicos letreros que más o menos con las mismas palabras señalaban: "Los padres de familia apoyamos a los maestros". Sólo la televisión oficial y después algunas organizaciones empresariales se atrevieron a hablar mal del movimiento. La ciudadanía toda había metido un importantísimo gol temprano.

* Asesor educativo del INAH.

La ciudad se volvió una locura. Decenas de marchas espontáneas congestionaron las calles. Los maestros oaxaqueños, que durante tres años habían apostado al ascenso nacional, vieron en la lucha del DF su oportunidad y, más pronto que tarde, comenzaron a orquestar su regreso a la metrópoli; habían tomado ya el Zócalo de su propia capital y su siguiente objetivo fue trasladarse a un nuevo plantón frente a las oficinas de la SEP. Los padres de familia se hicieron cargo de la alimentación de los "profes".

La madrugada del 19 de abril, cuando la ruptura de las negociaciones entre el CEN del SNTE y la CNTE era inminente, el orquestador real de la "mediación" gubernamental, Fernando Elías Calles —a quien Vanguardia había removido de su puesto cuando era responsable de la descentralización de la SEP— presionó fuertemente a las comisiones para amarrar un acuerdo. La Sección IX, que formaba parte del primer paquete de negociación, salió de allí con una propuesta comisión ejecutiva paritaria y Congreso entre el 15 y el 20 de septiembre. Para el movimiento, la fecha del Congreso era inconveniente y la composición era injusta, pero para Vanguardia era intolerable. El responsable de las negociaciones del SNTE, Alberto Assad señaló: "Ya dimos mucho. Se está lesionando la autonomía y dignidad del CEN". El 20 en la noche, en el Auditorio del SUTIN, la asamblea de representantes de zona de la Sección IX discutió el informe de su comisión.

Unos eufóricos delegados convirtieron la asamblea en un mítin. En dos minutos de intervención del primer orador se deshicieron más de cinco cautelosas intervenciones de las comisiones negociadoras de otras secciones. Incluso los llamados a la reflexión eran interpretados como amenazas de claudicación.

Microchips y centesaurios

Dos generaciones de dirigentes participaron activamente en la conducción del movimiento. Una formada por viejos dirigentes de la Coordinadora, fue bautizada como los Centesaurios; otra, surgida al calor de la movilización de la Sección IX, fue ubicada como los Microchips.

Las diferencias entre unos y otros aparecieron con prontitud. Pero más pronto que tarde se estrellaron con el dique de la comisión negociadora del CEN. Mientras que unos privilegiaron la orientación, los otros prefirieron la agitación. Con dificultades fueron complementándose. Unos expresaban el carácter masivo, impetuoso y tumultuario pero con graves problemas de organicidad; los otros, veteranos de viejas lides, administraban sus fuerzas aunque éstas fueran más limitadas.

Las discusiones sobre la dirección del movimiento rebasaron, sin embargo, consideraciones de tipo generacional.



De entrada, al seno de la CNTE se suscitó un agrio debate sobre si el movimiento que recién irrumpía era o no parte de la coordinadora. Efectivamente, en sus inicios, muchos maestros que recién se incorporaron a la lucha veían en ella lo que los charros habían dicho a lo largo de años. De allí su afán por deslindarse. Y también de allí el interés de distintas fuerzas de la CNTE por no forzar una decisión prematura. La realidad misma se encargó de diluir las resistencias y de dirimir el debate. La CNTE fue asumida como una coordinación de movimientos y la lucha misma definió los campos. Pero, más allá de discusiones, la movilización magisterial borró de lleno la posibilidad de que una opción tercerista —ni Vanguardia ni la Coordinadora— ganara protagonismo. El hecho no fue secundario. Ante el recambio de dirección nacional del sindicato, Elba Esther Gordillo se quedaría —asi fuera momentáneamente— sin base social en la que apoyarse. El poder dentro del sindicato se plantearía como un conflicto entre Vanguardia y la Coordinadora.

Gambito de dama

Desde el inicio del paro indefinido los “borregos” sobre la salida de Jonguitud comenzaron a correr. A los ojos de la burocracia política, deseosa de no hacer concesión alguna en lo económico, el conflicto no se resolvía por la toseudez de Jonguitud. Solo así se explicaba que se negara a realizar el Congreso de la IX antes de salir a vacaciones. En ese contexto, los representantes del CEN, ofendidos por la “intromisión gubernamental” le hicieron el vacío a la negociación y se prepararon para ir a la guerra. Los secretarios generales de las secciones del país fueron alertados. Vanguardia se preparaba a combatir.

Con esos aires, los ánimos gubernamentales se modificaron. Ceder ante Jonguitud significaba sacrificar la posibilidad de reformas futuras. Las cartas de la lejana sucesión presidencial se echaron. El rey debía de ser sacrificado para coronar a la reina, empleada del jefe del DDF. Ese era el recambio de la “modernidad”: había sido trabajado por años. Al reto del “Padrino” se respondió dándole mate político. El domingo 23 la prensa nacional anunció un laudo del Tribunal Federal llamando a los maestros a regresar a clases, y dió fecha para realización del Congreso de la IX. A las dos de la tarde, de la Presidencia de la República surgió un boletín de prensa: Jonguitud había renunciado. Cuando minutos más tarde los periodistas lo informaron a la asamblea de la CNTE el jubilo estalló. La asamblea, sin embargo, indicó: nuestra demanda es por democracia sindical; la lucha no ha terminado.

Rápidamente, los hechos se precipitaron. En el Consejo Extraordinario del SNTE, los antiguos secretarios generales clamaron venganza. Andrade Ibarra disparó uno más de sus mocodramáticos discursos. Pero la nueva ungida no se amilanó. Elba Esther Gordillo insistió en ocupar su nueva posición como secretaria general. Ante la oposición de los ahijados del “Padrino”, Gobernación tuvo que intervenir. La reina fue coronada pero la corte se mantuvo. Los

vanguardistas conservaron sus posiciones. Alvaro Brito, por no decir más, siguió presidiendo el Comité de Vigilancia.

Internamente, los maestros democráticos vivieron la caída de Jonguitud como un inmenso triunfo. Hacia afuera mantuvieron sus reivindicaciones. La nueva secretaria general podía ser legal pero no legítima. Sus demandas seguían siendo las mismas. Por lo demás, Elba había crecido bajo la sombra de Jonguitud y nunca habían quedado resueltas las dudas sobre su papel en el asesinato de Misael Nuñez Acosta.

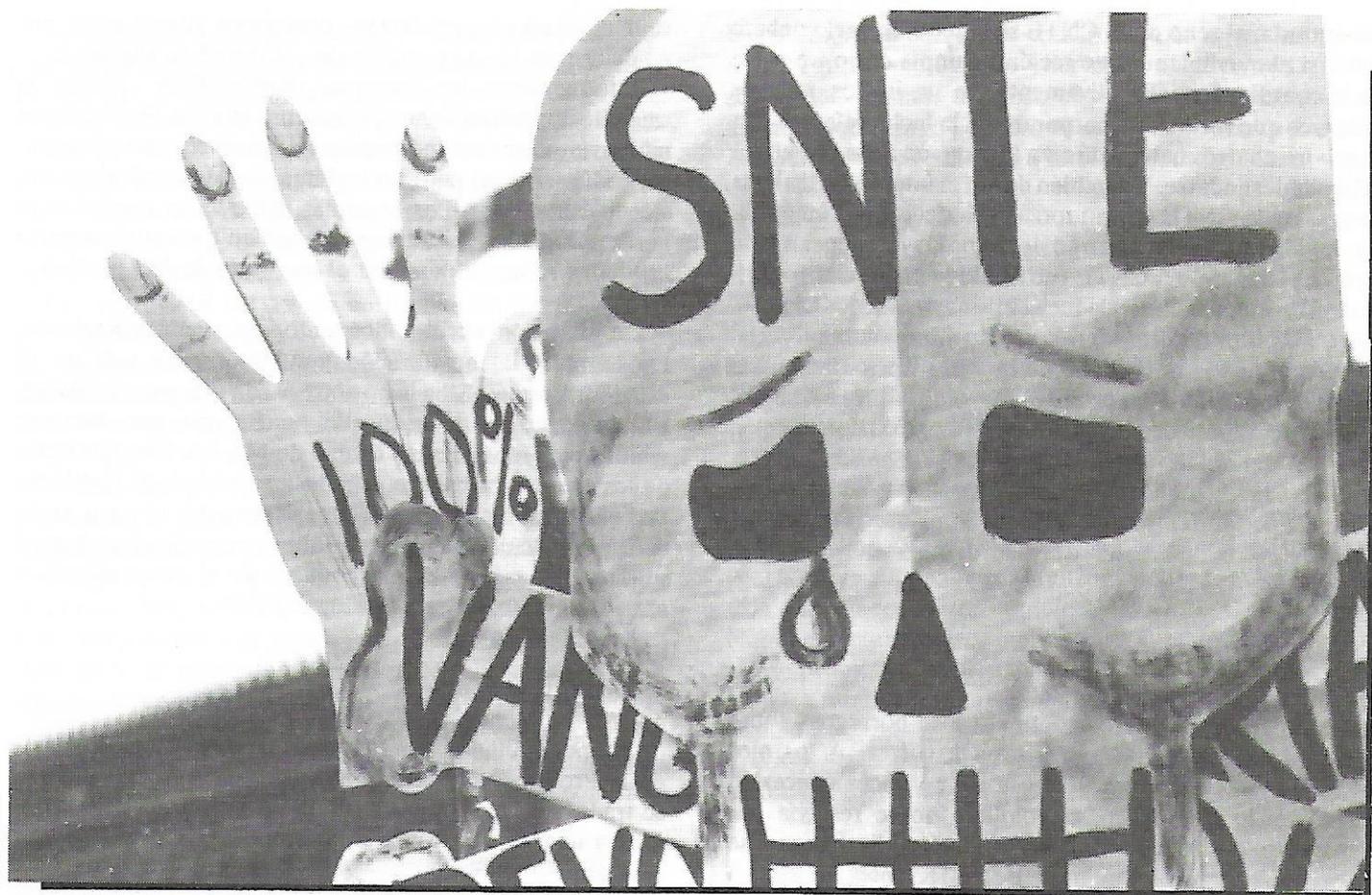
La situación se modificó entonces significativamente. De entrada, la movilización tomó fuerza en más de 10 estados. Además, Elba llegó al CEN con una gran debilidad. El lunes 24, por si todo ello fuera poco, una inmensa manifestación paralizó la ciudad de México. Las demandas de los profesores habían ganado legitimidad. El Gobierno Federal echó marcha atrás. Quería levantar el paro, tenía enormes dificultades para reprimir y necesitaba fortalecer a su nueva pieza. Fue en ese contexto en el que anunció un nuevo aumento, en esta ocasión del 25%.

Las puertas se abren

Sea por debilidad, por interés o por convicción, la llegada de la Profesora Gordillo a la secretaría general del CEN se tradujo en una mayor flexibilidad en las negociaciones. Una a una, la soluciones se fueron precipitando. Chiapas ratificó la realización de su Congreso; los oaxaqueños, tercicos como son, se fueron con una Comisión Ejecutiva que responde cabalmente al Comité Seccional nombrado por ellos en su preCongreso. La Sección IX logró una comisión ejecutiva donde ellos son mayoría, la copresidencia de ésta y una convocatoria para realizar su Congreso antes de salir a vacaciones. La Sección X una comisión ejecutiva paritaria. La XI, la instalación de una comisión negociadora para equipararse con el modelo salarial de Educación Superior, y diez carteras en el CES. Y el resto de las secciones, que se incorporaron posteriormente al movimiento, la instalación de comisiones negociadoras.

El movimiento se levantó con el triunfo más importante en la historia de la CNTE pero en medio de una intensa lucha interna. De un lado, los movimientos que se habían incorporado a la lucha después del 17 de abril querían mantener la presión nacional. La situación, empero, era al interior de ellos muy compleja. Ante la caída de Jonguitud los hilos estaban sueltos y los antiguos vanguardistas habían pasado a la oposición, al tiempo que los gobernadores metían mano en el conflicto. El peligro de que el conflicto desbordara a todos y se convirtiera en terreno de nadie era real. Por otro, los eternos organizadores de derrotas pensaban que era posible obtener más y que por lo tanto había que seguir manteniendo el paro. Por si fuera poco, corrientes con poco peso en la conducción aspiraron a ganar presencia y protagonismo jugando a ser radicales. En ese contexto, una fuerte campaña de calumnias se desató en contra de los dirigentes que con gran madurez plantearon la necesidad de levantar el paro y consolidar los triunfos.

Arturo Garza



De esta manera el triunfo pudo consolidarse. No sólo fue derrotada Vanguardia, sino también la cultura de la derrota que permea amplias franjas de la izquierda nacional.

Y hacia adelante ¿qué?

Por vez primera en la historia, un secretario (a) general del sindicato se presentó en Oaxaca a dar posesión a la Comisión Ejecutiva. Con puntualidad inglesa Elba Esther llegó al auditorio de la Sección XXII y tomó la protesta de la nueva Comisión Ejecutiva, pronunciando un discurso radical y manifestando su respeto por el magisterio oaxaqueño. Al dirigirse a la Casa de Gobierno del estado fué abordada por los vanguardistas de Oaxaca. Con claridad les señaló:

—No quiero hablar con ustedes. Mintieron al CEN. Si hubieran hecho trabajo de base lo habrían mostrado en la última etapa. Aquí no existe más que un CES y ese es el encabezado por el profesor Aristarco Aquino. Lo que quieran tratar conmigo trátenlo con él. Si no se puede, yo me ofrezco como mediadora.

Ese día el magisterio oaxaqueño festejó su triunfo trabajado a base de años de tenacidad. Después de los discursos, y al son de la banda infantil de Huayapan, el siempre serio profesor Aquino abrió el baile.

La nueva secretaria general cumplió en Oaxaca su compromiso. Siguió la política de reconocer lo perdido. Con su debilidad interna, habría sido suicida hacer algo distinto. Una de sus pocas armas es procurar establecer su credibi-

lidad, mostrarse como interlocutara confiable. Tarde o temprano tendrá que llegar a un Congreso Nacional Extraordinario para legitimarse y deshacerse de los jonguitudistas más recalcitrantes. Para ello tiene que buscar ganar tiempo y recomponer sus fuerzas. No cumplir con sus compromisos había sido suicidarse políticamente.

Para los antiguos vanguardistas el futuro es claro: o se alinean o declaran la guerra. La violencia seguirá siendo para ellos un recurso adecuado, la vía para desestabilizar, para recuperar el terreno perdido. Ante Colosio, Onofre Hernández, declaró su fé jonguitudista. Ahora están en la oposición. La provación que montaron en la toma de posesión de las comisiones ejecutivas de las secciones IX y X, no son más que la primera llamada. Para ellos, un manchón de sangre en el movimiento sería ganancia.

Para el movimiento el futuro es inmejorable, pero encanijadamente complejo. De entrada tiene que responder a sus aliados, los padres de familia, ofertando una mejor educación. Debe además consolidar los espacios ganados resolviendo adecuadamente sus diferencias. Pero además debe aprender a ser poder y no sólo oposición, a ofrecer una política alternativa en lugar de una contestataria. La actitud ante la nueva dirigencia del sindicato no es un problema menor. El canto de sirenas sonará y será fácil caer en el maniqueísmo de apoyar o rechazar por principio. Sin embargo, la recomposición sindical es un hecho seguro y la posibilidad de avanzar también. Un gran triunfo en tiempos de derrotas.